

EL MUNDO ANTIPOLICIAL

"Los hombres desobedecen la ley no como resultado de un odio anarquista a la ley, como tal, sino porque ciertos fines que juzgan fundamentales no pueden ser logrados dentro del existente sistema de leyes".

LASKI



Tte. Coronel ALVARO CASTILLO MONTENEGRO

Como todas las entidades humanas, la Policía también tiene sus elementos oponentes, sin los cuales, es claro, su existencia no se justificaría. Así como la medicina apareció para curar las enfermedades, la Policía, es sabido, surgió como la terapia del desorden, como antídoto de las manifestaciones delictivas y como instrumento indispensable de la paz social.

Mundo antipolicial podríamos llamar todo aquello que de una u otra manera es o se presenta contrario a la función policial, oponiéndosele, limitándola o entorpeciéndola. Podríamos decir, sintetizando, que el mundo antipolicial es el mundo de la delincuencia.

Porque existe el mundo antipolicial, o sea el que forman aquellos elementos que en todas las partes del planeta,

tan o se sitúan al margen de la ley, representada —físicamente— en la Policía? A pesar de que Albert Camus ha dicho que todo hombre inteligente sueña con ser un ganster y en dominar en la sociedad exclusivamente por la violencia, otro enfoque del problema podemos encontrarlo en el forjador y sostenedor de la sicología individual Alfred Adler, cuando anota: "El crimen es invariablemente el resultado de un fuerte sentimiento de inferioridad. Los grandes pensadores lo han comprendido así, desde Eurípides o Dostoievsky. Mucho antes de que existiéramos los siquiátras, lo dedujeron intuitivamente como una motivación, aunque no lo llamaron nunca complejo de inferioridad. Si yo no hubiera leído jamás la Biblia, comprendería a Caín al saber que era el mayor de los dos hijos y durante un tiempo fue el único niño de la tierra, como se siente todo primogénito, es decir, el centro en torno al cual gira. El universo de repente, un intruso que fue Abel, apareció en escena y Caín sufrió un trauma psíquico del cual no se recuperó jamás. Se hizo taciturno y hosco. Y pensó que solo había un medio de establecer su legítima posesión en el mundo: tenía que liberarse de Abel. Cuando lo mató, Dios le puso en la frente la señal de asesino. Pero nuevamente, era único.

Así es como se sienten la mayoría de los asesinos; únicos. El criminal tiene un abrumador complejo de inferioridad, que no puede compensar porque es demasiado débil, demasiado estú-

tonces echa la culpa a su medio y se construye un pobre complejo de superioridad, desafiando a la Autoridad. Esto, a su entender, prueba que es excepcional. Pocos hombres se atreven a hacer lo que yo, pienso. Soy fuerte puedo matar. Soy listo porque puedo burlar la ley. ¿Cuántos hombres pueden hacer esto? Sin embargo, en el fondo de su alma sabe que es un proscrito de la sociedad. Por esta razón muchos criminales aceptan gustosamente la captura y la muerte.

Ningún ser humano puede tolerar durante mucho tiempo un sentimiento de inferioridad, sin caer en un estado de tensión psíquica. Los criminales y los psicóticos reaccionan violentamente de un modo negativo a un complejo de inferioridad. Pero hay otros que reaccionan de un modo tímidamente negativo y estos son los fracasados comunes".

Estadísticas, sociólogos, educadores, funcionarios públicos de todos los niveles, religiosos y cuanto transite este mundo, seguramente ha buscado y buscará una explicación a las conductas antisociales, llegando a conclusiones de diversa índole en cuanto a causas, pero siempre aceptando la lacerante realidad de que el delito es parte de la naturaleza humana y que existirá mientras exista la humanidad.

Estructuras Delictivas.

En el libro de Pierre Grazi "Crimen, erotismo y Civilización", se reseña así el intríngulis delictivo: "No hay dife-

rencia entre la acción determinada por los funcionarios de un Gobierno que decide apropiarse ilegalmente de los dineros públicos y de un grupo de bandidos que, reunidos en la recámara de un hotel de última categoría deciden la ejecución de una bellaquería. Los unos como los otros roban o hacen robar por interés y los unos como los otros obedecen a un impulso vital extraviado. La diferencia consiste en que los primeros poseen medios publicitarios que les permite dar a su acción un carácter especial que los justifica ante la opinión pública, en tanto que los otros, desprovistos de estos medios, se verán condenados por esta misma opinión. Es sabido, inclusive, que los salteadores de bancos, joyerías y almacenes tienen en el mismo público numerosos simpatizantes, con tal que los asaltos se hagan en grande y den buenas utilidades”.

Y así, ese que yo he querido llamar mundo antipolicial, surge en las más variadas formas, como la señalada por Josué de Castro en su obra “Geografía del Hambre”, cuando dice: Es importante llamar la atención sobre diversos fenómenos sociales como el bandolerismo, el misticismo morbosos de ciertas regiones atrasadas, las continuas revoluciones de otras, la prostitución y la depravación moral, que son consecuencias más o menos directas de los disolventes efectos del hambre sobre el equilibrio e integridad de la personalidad humana”.

Las enfermedades de la mente que son consideradas como más peligrosas que la tuberculosis, el cáncer y aún el tifo,

la peste y el cólera, contribuyen alarmantemente a la expansión del mundo antipolicial. Hay que temerlas no solo porque aumentan el número de criminales, sino también porque están debilitando profundamente la raza, que es otro camino para llegar a los predios delictivos. Aunque es cierto que gran número de tarados y desequilibrados se encuentran en las cárceles y hospitales, no es menos evidente que la mayoría de los delincuentes —generalmente los inteligentes— están en la calle, gracias a su poder económico unas veces; por su influencia social y política, otras y la gran mayoría, por la complejidad, ineficacia y lentitud de los trámites judiciales que convierten a los funcionarios públicos en una especie de “espectadores” de la inseguridad y del desorden. El orín, el moho y la herrumbre, cubren si no total, sí parcialmente las principales normas antidelictivas, que se idearon y resultaron buenas para una época paradisíaca como la de hace 50 años, pero no para un periodo de zozobra y confusión como el que hoy vivimos. A esto se agrega la actitud de los jueces que temen comprometerse o tienden a eludir responsabilidades y acuden al inciso o al párrafo para evacuar sumarios y salir del paso, sin aplicar a los delincuentes la sanción o correctivo que merecen. Con su sometimiento mecánico o inconsciente a ciertos ordinales, muchos funcionarios hacen revivir la anécdota aquella del alcalde que un sábado por la tarde se paseaba por el pueblo y al llegar al puente, observó que un hombre que se ahoga-

ba en el río gritaba desesperado: sálvame ¡Señor Alcalde! Y este impasible le contestó: hágame esa petición por escrito, en papel sellado y presénteme-la en horas hábiles de oficina.

En su lucha contra el mundo antipolicial, los pueblos han usado distintos procedimientos para descubrir a las personas de conciencia negra o tendencia delictiva. El relato de cómo un ladrón egipcio se agarró a su sombrero cuando un Juez sabio gritó: "el sombrero del ladrón está ardiendo!", se encuentra con diversas variantes en las anécdotas de muchos otros pueblos.

Una tribu, por ejemplo, tenía la siguiente costumbre: el juez dirigía al sospechoso de robo algunas palabras que guardaban relación directa con la causa que se estaba viendo: "dinero", "monedero", el nombre de la víctima, sitio del caso, etc. El acusado debía responder enseguida usando la primera palabra que se le ocurriese y al mismo tiempo golpear muy flojo en un gong, tan flojo que solo el juez lo oyese, y no la gente que estaba apartada. Si la persona era en efecto culpable, debía mientras respondía al Juez la palabra que le inquietaba, golpear maquinalmente más fuerte y la gente oía como el gong acusaba al ratero.

Los chinos tenían también en antaño una costumbre parecida. Durante el juicio, el acusado mantenía un puñado de arroz seco en su boca. Si después de escuchar la acusación Pública es irremplazable.

el arroz seco, lo reconocían culpable. Esta costumbre tiene como trastienda la sicología. El miedo experimentado por el hombre, causa una serie de cambios somáticos, uno de los cuales es la disminución de secreción salival: se "seca la boca". Por eso, si el ladrón temía ser descubierto, su boca empezaba a secarse y el arroz en ella permanecía seco.

Similares a los anteriores, podría citar otros procedimientos ingeniosos que los funcionarios públicos de todos los tiempos han utilizado en su incesante enfrentamiento al mundo antipolicial. Sin embargo, el delito ha subsistido y subsistirá, mientras subsista la humanidad.

Ante esta palpable verdad, solo puede ofrecerse —como lenitivo— una entidad activa defensora y protectora de la vida, la libertad y los bienes: La Fuerza Pública.

Los pueblos pueden vivir sin riqueza, sin belleza y hasta sin salud. Vivirán mal, pero vivirán. Sin embargo, sin una fuerza pública que los proteja, no podrán vivir. Si no hay seguridad, la gente está expuesta a perder la vida o ser víctima de cualquier atentado. Si no se pueden conservar los bienes que han sido ganados con el trabajo; si no se puede defender la familia contra los atropellos y si no se pueden ejercer libremente los derechos, la vida no merece ser vivida. Por eso la Fuerza